

AQUERENCIAMIENTO

Silvia Molloy

Un hombre anuncia su regreso: después de muchos años de ausencia piensa volver. Poco importa por qué se ha ido, probablemente una de esas partidas sin causa aparente que luego, años después, se cargan de sentido y se transforman en exilios más o menos ideológicos, más o menos políticos que el que se ha ido asume, por conveniencia o por compromiso. A lo mejor se fue porque le ofrecían un trabajo y en su país la posibilidad de avanzar en su carrera era nimia (pero me adelanto: no sé si tiene carrera), a lo mejor se fue porque quería ser parte del *swinging London* o del París de las barricadas, a lo mejor se fue porque sentía que no cabía del todo en la realidad en la que le había sido dado nacer. En todo caso se fue y, una vez afuera, se fue quedando.

Ahora, vuelve, anuncia que va a volver. La gente que ha quedado atrás - es decir su gente: imagino una madre porque siempre queda atrás una madre, acaso también una hermana con hijos, en la billetera guarda una foto de sus sobrinos - se pone contenta y a la vez nerviosa, qué le va a parecer esto y cómo nos va a encontrar. Preparan su regreso minuciosamente, como un ritual o, acaso, un melodrama. Irá a parar a casa de la hermana, la madre está demasiado vieja para recibirlo. Pero no, pensándolo mejor, irá a casa de la madre porque es también la casa de su infancia, y ahí todavía está el dormitorio que fue suyo y que ahora es el lugar donde la madre se pasa las tardes mirando televisión, volvamos a poner la cama como estaba para que no extrañe, aunque si te descuidás no se acuerda de mucho pero por lo menos para que se ubique. Vuelve dentro de un par de meses, hay tiempo de planear todo bien, incluso de ponerle aire acondicionado porque hace mucho más calor ahora que cuando se fue, o será que antes aguantábamos los veranos mejor que ahora, además si lo compramos ahora fuera de estación va a salir más barato.

A medida que se acerca la fecha del retorno la hermana empieza a preparar a los chicos, es muy simpático y los quiere mucho pero no lo vuelvan loco de

entrada con preguntas, dejen que se acostumbre y no se rían si pregunta cosas que todo el mundo conoce. La madre, mientras tanto, se dedica a prepararle el cuarto como si fuera un set de teatro, procura recordar dónde estaba la mesita, si a la izquierda o a la derecha del sillón verde. Lo que no recuerda inventa. Anuncia que encontró la frazada de lana que ponían en esa cama, la hija la ataja, de ninguna manera usaba esa frazada, ¿o te has olvidado que es alérgico a la lana? Sobre el escritorio la madre coloca un cenicero pesado de vidrio que dice Tabaris, no me vas a decir que no, este le gustaba seguro y a lo mejor todavía fuma. Le gustaba porque lo robó tu padre, como recuerdo, una vez que me llevó a ver a la Josephine Baker en ese cabaret. La hija no dice nada, piensa sacar el cenicero del cuarto, luego se olvida. Juntas planean las comidas que le van a preparar, no se ponen de acuerdo en qué le gusta y qué no, ya llegará el momento de preguntarle.

Esta historia tiene varios finales posibles, elijo dos. En uno, el hijo vuelve, está contento de volver a ver a la madre, a la hermana, pero no reconoce el cuarto, se ríe, lo recordaba más grande, dice rozando el cenicero con los dedos, qué lindo, muy *art déco*, lástima que ya no fumo ¿la cama no estaba debajo de la ventana? En otro final, que prefiero: a último momento el hijo decide no volver, por lo menos por ahora, dice, le ha salido una oportunidad que no puede no aprovechar, pero iré a verlos pronto, promete. Durante meses el cuarto queda igual, luego la hermana se lleva el acondicionador de aire, total para que nadie lo use, y vuelve la televisión de la madre. La cama, la misma que había usado de chico y que había estado en el sótano todos estos años, permanece un tiempo más. Un buen día la madre se la ofrece al portero que la desarma y se la lleva, esto parece un depósito de muebles, hay que despejar un poco ¿no le parece José?